

CON RAFAEL NÚÑEZ RAMOS EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

Ángel Basanta
Crítico literario

Conocí a Rafael Núñez Ramos hablando de Jardiel Poncela. Era un día de finales del mes de octubre del año 1968. Los dos empezábamos nuestra carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago de Compostela. Estábamos entonces en el noble edificio dieciochesco de la USC, en cuyas aulas de la primera planta hicimos los dos cursos de comunes y también los tres correspondientes a la especialidad de Filología Románica, en pleno centro de Santiago, hasta completar nuestra licenciatura en 1973, ambos con Premio Extraordinario Fin de Carrera. Después continuamos unos tres años más en el edificio aledaño de Mazarelos, en departamentos universitarios vecinos, él con Carmen Bobes Naves en Lengua Española y yo con Enrique Moreno Báez en Literatura Española. Fueron, por tanto, unos ocho años en que, durante los meses y los días del calendario escolar, nos vimos con frecuencia casi diaria. Luego Rafael Núñez se fue a la Universidad de Oviedo con la directora de su tesis doctoral, Carmen Bobes, y yo me trasladé a Madrid como Catedrático de Lengua y Literatura de Enseñanza Media, siguiendo también al director de mi tesis Enrique Moreno Báez, quien por entonces se trasladó a la Universidad Autónoma de Madrid.

Pero esto es ya casi el final de esta rememoración de nuestra vieja amistad. Entre aquel primer encuentro, con Jardiel Poncela en el recuerdo, y nuestra separación de caminos, uno a Oviedo y otro a Madrid, transcurren unos ocho años con muchas experiencias compartidas, algunas de las cuales trataré de recordar en estas páginas. Lo hago con temor a causa de los muchos años que han pasado. Cuando nos conocimos éramos dos jóvenes con

la cabeza llena de ilusiones en una ciudad de ensueño. Ahora escribo estas páginas en Madrid, cumplidos ya mis setenta años, jubilado, y con Rafael Núñez en el trámite de su jubilación, ambos, pues, en la entrada de nuestra década prodigiosa. Escribo con algo de miedo, pues la memoria mengua con el paso del tiempo. Todos contamos nuestras vidas no exactamente como fueron las experiencias pasadas, sino como las recordamos. Esto lo saben bien los autores de autobiografías, por más que intenten disimularlo acudiendo a fecundas estrategias hábilmente manipuladas.

Estoy convencido de que somos lo que elegimos recordar. Y por ello, más allá del temor a la desmemoria mía, agravado por no disponer de ni una sola nota de aquellos años en que coincidí con Rafael en Santiago y con otros compañeros y amigos que irán apareciendo en estos recuerdos, confieso que también escribo con cariño y alegría nacidos de la amistad compartida en años imborrables en nuestras vidas.

Decía que conocí a Rafael hablando de Jardiel Poncela en 1968. A pesar de los más de cincuenta años transcurridos recuerdo muy bien aquella improvisada reunión. Estábamos cuatro o cinco compañeros en el pasillo de la Facultad de Filosofía y Letras, al lado de una ventana, entre clase y clase, hablando de diferentes asuntos, entre ellos de lecturas literarias preferidas de cada uno, y Rafael proclamó su admiración por Jardiel Poncela, de quien él había leído varias obras y yo ninguna. Para mí Enrique Jardiel Poncela era una referencia en el libro de texto. Yo venía de una aldea de Lugo (Crecente, A Pastoriza), sin libros en mi casa familiar, había estudiado el Bachillerato en Mondoñedo y el Preu(niversitario) en Lugo. Tenía por entonces pocas lecturas, muy pocas. Y me quedé asombrado de lo bien que Rafael, que venía de la ciudad de Vigo, se manejaba con sus lecturas de Jardiel Poncela, de su admiración por el autor de *Eloísa está debajo de un almendro*. Este es mi primer recuerdo de Rafa. Y me parece destacable pues él siempre ha mantenido su interés por el humor, como se manifiesta en algunas de sus publicaciones y como saben bien quienes lo conocen de cerca. Por cierto, hace poco más de un año, estando yo en pleno confinamiento en mi casa natal de Crecente (mayo de 2020), Rafa me llamó por teléfono para que lo pusiera en contacto con un amigo mío, Rafael Núñez Florencio, a quien él quería felicitar por unos artículos que este había publicado sobre el humor en *Revista de Libros*.

Aquellos dos cursos de comunes en la USC nos fueron acercando en camaradería y amistad a algunos compañeros con aficiones e inquietudes comunes. Entre los primeros, recuerdo a Rafael, Carlos Blanco Fernández, Alberto Álvarez Sanagustín, Manuel Ramos Méndez, Emilio Montero Cartelle, José Manuel Díaz de Bustamante (Pimpo para los

amigos), Xosé María Dobarro Paz, Armando López Castro y otros que irán apareciendo más adelante. De nuestros profesores destacaré algunos que siguen permaneciendo con especial agrado en nuestra memoria colectiva: Enrique Moreno Báez, Catedrático de Literatura Española, nos abrió el mundo de los clásicos, empezando por sus inteligentes ensayos de teoría de la literatura y literatura comparada en *Nosotros y nuestros clásicos* y en sus agudas *Reflexiones sobre El Quijote*, libros ambos que sus alumnos casi nos aprendimos de memoria, y siguiendo por las muchas lecturas bien elegidas de obras literarias que formaban parte sustantiva del programa; Manuel C. Díaz y Díaz, Catedrático de Latín, a quien admirábamos a cierta distancia por su sabiduría y exigencia; y Manuel Rabanal Álvarez, Catedrático de Griego, extraordinario pedagogo (favorecido, sin duda, por su pasado como Catedrático de Enseñanza Media) en el arte de atraer a sus alumnos a las sutilezas de la lengua helénica en traducciones que comenzaban siempre por el traslado literal del texto griego al español como primer paso para luego centrar nuestra atención en comprender el sentido del fragmento y acabar poniéndolo en buen castellano. Recordaré una frase del escritor sirio en lengua griega Luciano de Samósata, uno de los abuelos de la ciencia ficción. En clase traducíamos su novela corta *Historia verdadera*, en la cual su autor imagina un fantástico viaje a la luna en un barco arrastrado por una tormenta de agua. Y, una vez llegados a la luna, con el fin de protegerse de los selenitas, los viajeros deciden hacer lo que se dice en la frase que escribo con toda exactitud en su traducción literal, siguiendo el orden de palabras en el texto griego, y que nunca se borrará de mi memoria:“y elegimos de nosotros a veinte como guardianes de la nave para quedar”.

En los tres cursos de la especialidad de Filología Románica la amistad con Rafa y otros compañeros antes citados fue creciendo. Éramos menos alumnos en cada clase, estudiábamos materias que nos interesaban más, algunas de las cuales las habíamos elegido nosotros, y eso fomentaba nuestra cercanía tanto en las aulas como en reuniones en cafeterías y bares compostelanos o en caminatas por Santiago, ciudad cuyo centro histórico atesora belleza y arte en cada piedra, y, de modo especial, en los intercambios de apuntes de clase, de libros tanto de gramática y de historia de la lengua española como de lingüística, historia y teoría de la literatura, y, en especial, de obras literarias clásicas y contemporáneas que formaban parte de los programas de literatura en cada curso. En este último apartado quiero destacar con enorme gratitud que Rafael Núñez siempre fue un gran lector, muy generoso con sus compañeros en compartir las anotaciones de sus lecturas en cuadernos cuidadosamente elaborados.

Entre nuestros profesores seguimos contando con la maestría de Enrique Moreno Báez, que instauró en sus clases de literatura española la programación centrada en la lectura de obras de todas las épocas. Así lo practicaba él mismo en sus clases de literatura española medieval. Y así lo continuaron fielmente sus mejores discípulos, que también fueron nuestros profesores.

Como la Facultad de Filología llevaba por entonces pocos años funcionando, algunos de sus primeros licenciados fueron profesores nuestros. Destacaré a dos cuya influencia fue decisiva entre nosotros. Luis Iglesias Feijoo nos adentró en el ancho mundo de la literatura española en el Siglo de Oro, que, como sabemos, son el XVI y el XVII, y también en la época contemporánea. Y llevó a cabo su labor con entrega, exhaustiva documentación y sabiduría, propias de un extraordinario maestro e insólitas en un joven profesor universitario, casi un recién licenciado. Rafa y mis otros compañeros no me dejarán mentir en la dedicación y grandeza de este magisterio. Por eso viene aquí como de molde recordar que un alumno suyo, del curso anterior al nuestro, Darío Villanueva, de cuyo prestigio y sabiduría tampoco cabe dudar, considera a Luis Iglesias Feijoo como un ejemplo anticipado de la Wikipedia por la amplitud de sus conocimientos. Y lo reconoce por escrito en su reciente autobiografía intelectual *De los trabajos y los días. Filologías*, publicada por la USC con motivo de su jubilación como Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Y también recordaremos todos la entrega y la cercanía de otro joven profesor, José María Viña Liste, que nos descubrió el inmenso mundo de la literatura hispanoamericana, llegando a la plena actualidad con la lectura de obras muy recientes de García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes y otros novelistas que por aquellos años estaban llevando el famoso *boom* de la novela hispanoamericana por el mundo entero.

Las novedades últimas de Lingüística y de Semiología nos llegaron a principios de los años setenta en las clases impartidas por Carmen Bobes Naves. Ella se encargaba de la asignatura Historia de la Lengua Española, pero enseguida se las arregló para difundir entre nosotros las doctrinas de la gramática generativa, creada por Noam Chomsky, y las teorías lingüísticas y literarias de los formalistas rusos, con Roman Jakobson a la cabeza, y otros componentes del Círculo Lingüístico de Praga y del de Copenhague. Ahí empezó el interés de Rafael Núñez por la Semiología, bajo el magisterio de Carmen Bobes. Todos nos quedamos deslumbrados por la novedad de sus explicaciones en clase, pronto ensayadas en los primeros libros de la catedrática asturiana. Tanto que los citados compañeros y amigos de nuestro grupo llegamos a poner en práctica la organización de lo que dimos en llamar

Círculo Lingüístico de Compostela, adoptando incluso cada uno el nombre de lingüistas y teóricos de la literatura que íbamos descubriendo en las aulas y en los libros, desde Saussure hasta Chomsky, pasando por Jakobson, Tinianov, Trubetskoï, Hjelmslev, entre otros. Vista desde hoy, fue aquella una impostura ingenua e inocente, que nunca llegaría a nada, pero que nos animó a leer libros y artículos de los maestros recién descubiertos y admirados, y aplicar sus teorías en nuestros trabajos de clase. A nuestro grupo se habían incorporado también el sacerdote palentino Aproniano Gutiérrez y el maestro en ejercicio docente Roberto Vázquez Torres, que eran compañeros de carrera y que, por edad y experiencia de la vida, ponían algo de sensatez en nuestras elucubraciones de principiantes. Aquella extravagancia de jóvenes ilusionados no pasó en su deriva extrauniversitaria de algunas cenas del grupo en una de las cuales recuerdo haber recitado con dudoso acierto la *Fábula del Pintor Pitas Payas*, incluida en el *Libro de Buen Amor*, que por una apuesta me había aprendido de memoria (la *Fábula*, claro).

Pero no perdamos el hilo académico. En aquel ambiente universitario germinó el interés de Rafael Núñez por la Semiología, que lo acompañaría ya siempre, comenzando por su proyecto de hacer la tesina y después la tesis doctoral, bajo la dirección de Carmen Bobes, sobre la *Fábula de Polifemo y Galatea*, de Góngora, poema que llegó a saberse de memoria, acompañado por Xosé María Dobarro. Años más tarde, en 1977, Rafael Núñez Ramos leería su tesis doctoral en la USC con el título de *Gramática de "El Polifemo"*. Como también Alberto Álvarez Sanagustín leería la suya, con la misma directora de tesis pero ya en la Universidad de Oviedo, en 1980, sobre *El discurso literario de Francisco Ayala. Estudio de semiología narrativa*.

Continuando con la vida universitaria en las aulas compostelanas es momento de recordar aquí a otros profesores que influyeron en nuestras trayectorias. Constantino García González, discípulo de Menéndez Pidal, Catedrático de Filología Románica y fundador del Instituto da Lingua Galega, nos acercó al conocimiento de la historia filológica de otras lenguas románicas vecinas del español haciendo a menudo hincapié en nuestra lengua gallega, a cuyo estudio filológico él mismo contribuyó, con ayuda de sus mejores discípulos, empezando por Antón Santamarina, que también fue profesor nuestro de gramática española. Y todos recordaremos con agrado las clases de *Madame* Baltar, Annick Boilève, a quien llamábamos entre nosotros "La Baltar" (por el apellido de su marido, el doctor Luis Baltar Tojo), profesora de francés de la cual muchos de sus alumnos varones estábamos enamorados, por su belleza y donosura en clases inolvidables, siempre animadas. Tanto que, a veces, perdíamos el hilo, como demuestra esta anécdota que voy a contar, no sin pedir antes perdón. Eran clases movidas en las cuales la profesora solía favorecer la participación

de los alumnos. Y en una, parece broma, pero fue verdad, al menos así lo recuerdo, ante la invitación de la profesora, Rafa y yo levantamos el asiento del compañero que teníamos entre nosotros, quien, sorprendido y sin posibilidad de librarse de contestar algo, dijo literalmente lo siguiente: *Repetez-moi, s'il vous plait, que no entendí nada.*

De muy grato recuerdo son también las clases de Literatura Portuguesa que nos dio José Luis Rodríguez Fernández, joven profesor entonces y luego amigo de algunos de nosotros, a quienes, además de guiarnos por la literatura de Camões, Eça de Queiroz y Fernando Pessoa, nos llevó a algunos a un enamoramiento de Portugal que hemos sentido siempre. En mi caso personal debo reconocer también la imborrable influencia del lector de portugués Heitor Gomes Teixeira, que me prestó el libro de Victor Erlich sobre *El formalismo ruso* y que me ayudó a conseguir una beca para los cursos de verano de la Universidad de Lisboa en 1971.

En ese mi primer viaje a Lisboa también Rafa Núñez tuvo su parte. Porque, habiendo pasado la última noche antes de entrar en Portugal en su casa de Vigo, él me acercó en el coche de su padre a Valença do Miño en la frontera portuguesa. Antes y después de aquel viaje, Rafa y yo, con algún compañero más, como Carlos Blanco Fernández y Roberto Vázquez Torres visitamos, en más de una ocasión, mi casa natal de Crecente, donde mis padres recibían siempre con hospitalidad y orgullo a los amigos de su hijo. Por cierto, Carlos Blanco, recién terminada nuestra licenciatura, pasó todo el verano de 1973 con mis padres y mi hermano en Crecente con el fin de reunir materiales para su tesina sobre *A fala de Crecente*, dirigida por Constantino García González. Y también yo estuve varias veces en la casa de Rafa en Vigo, en agradable compañía con sus hermanos y su padre, a quien ellos llamaban familiarmente El Alcalde. En una de esas estancias mías en Vigo Rafa, mucho más ducho que yo con la máquina de escribir, mecanografió en pocos días mi tesina sobre Juan García Hortelano. Otra prueba más de su generosidad.

Después de aquellos inolvidables años compostelanos nuestro grupo se fue disgregando. Ahora reparo en que, durante los primeros cursos universitarios, casi no había mujeres entre nosotros. Los primeros en emparejarse fueron José Manuel Díaz con Elisa Lage Cotos y Emilio Montero con María del Carmen Barreiro García, ambas compañeras de curso, y también Xosé María Dobarro con su paisana de Ferrol Teresa Suárez Llano. En los últimos cursos Rafael Núñez ennovió con su actual esposa, Teresa Pereira Romero, también compañera de curso, y Alberto Álvarez Sanagustín hizo lo propio con María Dolores Rajoy Feijoo, Manuel Ramos Méndez con María José Domínguez y yo con Milagros Ramos Chao.

La vida nos llevó por diferentes destinos y dejamos de vernos, salvo en contadas ocasiones y ya nunca todos en grupo. Recordando ahora aquellos años en Santiago me complace destacar que de aquel grupo de universitarios amigos salieron cinco catedráticos de universidad: Díaz de Bustamante en Filología Latina (USC), Emilio Montero Cartelle en Lengua Española (USC), Xosé María Dobarro en Lingua e Literatura Galega (Univ. de A Coruña), Armando López Castro en Literatura Española (Univ. de León) y Rafael Núñez Ramos en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Univ. de Oviedo). Y si contamos con que Manuel Ramos Méndez ha creado en 1998 la prestigiosa Editorial Linteo, cuya sede está en Ourense, con una excelente colección de poesía, entre otras aportaciones, y que Víctor F. Freixanes, también compañero de curso y amigo de algunos de nosotros, reconocido como uno de los mejores novelistas gallegos de los últimos tiempos y actual director de la Real Academia Galega, no me duelen prendas en proclamar que la cosecha fue más que buena.

Es momento de terminar estos recuerdos lejanos con alguna información más cercana. Transcurridos más de treinta años desde que cada uno voló a su nido correspondiente, algunos de aquellos viejos amigos hemos vuelto a reunirnos una vez cada verano, en el mes de agosto, en la localidad de O Grove (provincia de Pontevedra), donde Rafa-Teresa y Alberto-María Dolores pasan sus vacaciones. Estas reuniones nacieron hace más de diez años alimentadas por el poder de convocatoria de Rafa. En ellas no estamos todos, es verdad, pero nuestra reunión anual resulta enriquecida por la asistencia de dos profesores de aquellos tiempos aquí recordados que desde entonces son colegas y amigos: José Luis Rodríguez Fernández y Jesús Pena Seijas, acompañados de sus respectivas compañeras Elena Alvaredo Serrano y María José Rodríguez Espiñeira.

Y esto que para otros pueden parecer naderías es mucho para los amigos de nuestro grupo compostelano en aquella primavera de nuestras vidas. Al menos lo es para mí. Y porque nobleza obliga terminaré pidiendo disculpas a los no interesados, renovando mis recuerdos compartidos con Rafa y dando mi cordial bienvenida al amigo jubilado en esta nuestra década prodigiosa.

SOBRE EL AUTOR

Ángel Basanta

Fue profesor de la Universidad de Santiago de Compostela (1973-1976) y, desde 1976, Catedrático de Literatura del Instituto *Rey Pastor* de Madrid. También fue profesor de Didáctica de la Literatura Española en el ICE de la Universidad Complutense de Madrid (1971-1981 y 1984). Desde 1987 hasta 1998 colaboró semanalmente como crítico de novela en el *ABC Cultural* y desde 1999 en el *Cultural* de *El Mundo*. Dirigió la *Historia de la Literatura Española* de la Editorial Cincel (1980-1982, en colaboración con F. Marcos Marín) y es autor de varios libros dedicados a la historia de la novela española y de numerosas ediciones comentadas de novelas importantes. Ha sido presidente de la Asociación Española de Críticos Literarios.

Contact information: correo electrónico: angel_basanta@yahoo.es